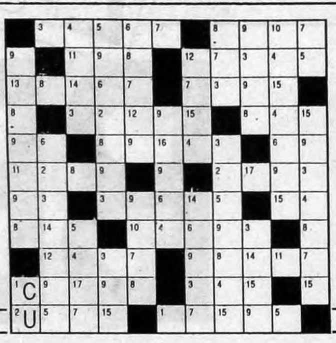
# CRUCIGRAMA EN CLAVE

**Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.**



**SOLUCION JUEVES**




## BENARES



Página/2/3

# Verano/12



# EL CAMINO DE LA PLAYA

*(Por Susana Viau)* Como siempre, desde Praia Vermelha a Leblon, Copacabana se llenó de jugadores de fútbol. Con la misma regularidad con que hacen footing temprano, muy temprano, todos los varones de Río juegan al fútbol después del trabajo. Ella lo sabe bien porque hace meses que la música del gimnasio de enfrente la despierta a las seis. Entonces abre un ojo y mira por la ventana con la esperanza de que amanezca nublado. Se levanta sudada, se ducha y casi sin secarse baja hasta la rua Bolivar a comprar el diario. Desayuno y a la playa vacía; sólo ella, Juancho y alguna mujer bronceándose, con el cochecito del bebé al lado y una niñera negra, de cofia y delantal, que no se atreve más que a mojarse los pies bajo lo que después aprenderá a llamar un sol de justicia.

Piensa que lo único bueno de ese miércoles de fin de año, un mal año, es no tener que ir al correo: está harta de los viajes al centro, de las carreras de los autobuses, de los embotellamientos en el asfalto recalentado de Rio Branco, de los tullidos haciendo piruetas en Praça XV, de buscar las cartas que casi no llegan a la ventanilla de poste restante, de las prostitutas en la Mem de Sá, de las visitas semanales a Nuestra Señora de la Misericordia, con tantas plantas y pabellones interminables y el estridor —ese ruido— en la garganta que cuando aparece la pone en tensión y la llena de miedo, aunque el médico diga que no lo escucha, harta de esperar todos los días el télex que le avise que puede irse ya.

Río le gusta más de noche. El puente de Niteroi, las luces de la bahía, las veredas lustrosas de Botafogo, oír el ruido de las olas fumando Gitanes, porque otro negro no hay. El tiempo ha pasado lento, tomando el bondinho para subir hasta Santa Teresa con la excusa de hablar con Hans, aunque no sea más que para mirar desde los balcones y no saber si lo que se ve tan azul es el cielo o el mar; o caminando por Catete hasta el departamento de Elba, siempre en penumbras, borracha de cerveza y moviéndose entre los cortinados de brocato rojo que separan el dormitorio del comedor y le dan un aire de bruja o de puta, o de las dos cosas. Lo de Caio es distinto: clase media en ascenso en Gávea, buen gusto, buenos discos, la ecología en las conversaciones a media voz y los vasos de caipirinha en el suelo, entre los almohadones de colores. Poco a poco ha ido construyendo una rutina, la mínima para hacer tolerable el tiempo que no puede calcular ni depende de ella. Esos encuentros, un desayuno a la semana en el Gloria y en cierta ocasión con Dave Brubeck en la mesa de al lado, de tarde en São Conrado o viendo hacer surf en Ipanema.

Se pregunta cómo será ese 31 de diciembre en Río, el primero vaya a saber de cuántos fuera de Buenos Aires, mientras mira a los que llegan a jugar al fútbol vestidos de mujer y recién advierte que la ciudad entera, como animándose para la fiesta, se inunda de falsos travestis. La divierten la habilidad de los pies descalzos y las piernas fuertes, algo trabadas ahora por la estrechez de las polleras. Sobre las nueve vuelve a preparar la cena; no han olvidado ningún rito: pavo, champagne y el vino francés comprado en el supermercado gracias a la rapidez de Juancho para cambiar las etiquetas. A las doce brindan sin ganas y un rato después bajan a la playa, todo recto por Constante Ramos. Sobre la escalinata de la iglesia, el cuerpo de un hombre rodeado de velas. Cerca, en el lugar más oscuro y sin hacer caso, se besa una pareja. Ella le toca el brazo.

—Está en trance —la tranquiliza Juancho.

—En un mal trance porque me parece que está muerto —contesta.

—Vos sos loca —dice él, irritado como de costumbre por la idea de que ella anda por la vida inventando historias.

—¡Puta! ¡Qué terco! Te juego un whisky más tarde —propone y se arrima. Se agacha y le coloca una mano en la boca. No respira y está rígido. Le han puesto unas flores sobre el pecho y lo han cubierto con una red.

Mientras retoman el camino de la playa se entretiene pensando en los otros que ha visto en medio de la calle y a los que las velas les llegan antes que la ambulancia. Siempre son negros. Como las criancas deshidratadas en los mostradores de admisión del Miguel Couto y deduce que el morro es más duro que la villa. Subir el agua, tan arriba, pararse a descansar y volver a subir, como hacen las mujeres atrás, de la casa en Tonelero.

En la Avenida Atlántica los autobuses han ocupado ya todo lo largo de la playa. La favela en pleno sale de adentro, vestida de blanco, y marcando la arena con cuerdas, terreiros de candomblé y umbanda para las ceremonias y las consultas. Otros bajan a la orilla llevando las ofrendas de comida, botellas y miles de velas que colocan sobre tablitas, que encienden antes de meterse en el mar para esperar el momento de dejarlas ir y que la marea —o Iemanjá— no las devuelva y así siga la desgracia. Se imagina el reveillon del Canecao, con los ricos de Río entrando por la pasarela entre los ojos brillantes de envidia de los que vienen de Catumbí o San Cristóbal para verlos.

No calcula el tiempo que ha estado sentada mirando las llamas multiplicadas por el agua y los reflejos del Merideg, que manda señoras hermosas y vestidas de fiesta que le recogen las faldas para internarse, ellas también, en el mar.

—Pagame el whisky —le dice y se levanta. Paran en el Debret y luego vuelven despacio al departamento. Hay magnolias en los jardines y desde los edificios llegan el alboroto y la música.

Al día siguiente duerme hasta tarde porque el gimnasio está cerrado. Mira hacia arriba y ve el cielo nublado. No hay diarios. Mejor, porque le duele la cabeza y no tiene ganas de leer. Espera que Juancho se despierte y lo invita a ir a la playa de nuevo porque, total, no habrá mucho más que hacer allí. En Buenos Aires hubieran almorzado en Adrogué lo que había quedado de la noche anterior. La arena de Copacabana está llena de basura. Limpian un lugar y se acomodan como para seguir durmiendo. "Aprovechá, gaviota, que a lo mejor el año que viene lo pasás con nieve", la azuza Juancho antes de empezar a correr para zambullirse. El agua, dice, le alivia la resaca. Al rato sale inclinando la cabeza para destaparse los oídos y con una botella de champagne en la mano. "Está llena. A alguno se le jodió el invento", grita mientras le mira la marca. "...también", contesta, no muy segura de que haya alcanzado a escucharla.

# BENA

*Por Severo Sarduy*

Los prospectos turísticos siempre tienen razón. La prueba de esta frase, leída en un folleto rojizo, de tipografía brumosa: "Dejarás a Benarés, pero Benarés no te dejará. Algo en ti, adentro, habrá cambiado para siempre". Es difícil decir algo más justo, ni responder mejor a la pregunta que se plantea a cada regreso a la India: ¿Por qué ir a meditar a Benarés si se puede meditar en cualquier lugar? Y, por otra parte, ¿no hay en cualquier lugar más silencio, menos simios agresivos y maniáticos, menos leprosos agarrándote por la camisa con sus largos dedos que devoran las llagas rosadas?

No hay, en definitiva, más que una diferencia entre Benarés y ese otro paisaje utópico. En las márgenes del Ganges, *lo que piensa es el espacio mismo*. Los hombres y las cosas emiten signos, como si los atravesara un sentido, como si los sacudiera una fuerza que pertenece a la divinidad o a lo demoníaco y cuya proximidad está marcada por algo que es como una incandescencia, como la quema de lo indecible. Hombres no, personajes: van desnudos, con la piel cifrada por escrituras sánscritas, o envueltos en vastos saris de oro; van, después de la muerte, cubiertos de flores blancas, atravesando el estrepitoso encuentro urbano de vacas y camiones, hacia la hoguera, en una camilla que los allegados suspenden como pueden y que roza la ventanilla de los autobuses y los inunda de su perfume letal.

La leyenda dice que Varanasi —el verdadero nombre de Benarés— fue la primera ciudad del mundo, edificada con el tiempo y con el hombre. Para los hinduistas, si se muere del buen lado del Ganges, se puede beneficiar de una reducción considerable y hasta, según parece, de una exoneración, de esa fiscalidad inevitable que es la reencarnación; la otra vertiente del río, que todo el mundo evita al primer malestar, es regresiva y nefasta.

Los budistas sostienen que, antes de ir a predicar por primera vez, junto a las gacelas del vecino parque de Sarnath, el Buda Sakiamuni, ya de regreso de todo lo excesivo —ni la austeridad empecinada ni el goce sin receso—, atravesó en silencio la ciudad. El paso del Islam quedó marcado por unos escombros; luego, los adeptos iconoclastas se retiraron con discreción.

En cuanto al cristianismo, está tan presente hoy en día, que en esos iconos de la imaginería popular, que han dado renombre mundial a los impresores de Bombay, se contempla, junto a Ganecha, el dios elegante devorador de caramelos y juguetón, a un Cristo maquillado con esmero, rodeado por una aureola iridiscente, y hasta, sin el menor resentimiento teológico, en el centro de la estampa, a la pareja ideal del panteón indio: Shiva y Parvati, recubiertos por la nacarada pátina del kitsch.

Poco importa en nombre de qué dios, pero hay que bañarse en el Ganges. A las seis de la mañana, esa convicción que otorga el fanatismo permite encontrar transparente y fresca un agua que en realidad blanquean aún las cenizas de las incineraciones de la víspera.

Además: alquilo una de las canoas contrahechas y ahuecadas que recorren el río, junto a los *ghats*. Subo con mi amigo y, en medio de la corriente, tiro al agua el manuscrito, cuidadosamente mecanografiado, de una de mis novelas. El barquero, atónito, en un inglés británico, voz de soprano, me pregunta si es un libro sagrado.

Previsible resultado: las aguas milenarias no aceptan mi "ofrenda". El manuscrito encartonado flota, deriva, no se hunde, y, lo que es peor, se va alejando poco a poco hacia la mala orilla. Los tres, filósofo, barquero y autor rechazado, perseguimos al texto malhadado sobre las aguas y le entramos a remazos encarnizados. Hasta que se lo lleva la corriente. Hacia el delta, hacia dios.

Tres inmersiones: por Brahma, por Shiva, por Vishnú. Detrás de los fieles y de los peldaños de piedra que llegan hasta el río, se despliega el ocre: tierra porosa, muros, madera, mimbre de los parasoles cubiertos con letras rojas: en las fachadas de los viejos palacios coloniales en ruina se repite, como una irrisión o un reverso de tanta mística, el didáctico emblema del Partido. El cielo es también ocre, de humo y de ceniza. Vuelo inmóvil de los cuervos.

Benarés no es una ciudad, sino un borde: uno de los bordes del Ganges. También, el borde de la Tierra, ya que esas aguas, se afirma, comunican directamente con el cielo: el río es como el doble, o el reflejo, de otro río invisible, que fluye en otro espacio, en un tiempo sin tiempo, y cuya fuente coincide con la de toda posible creación, incluida esa creación de lo ilusorio que denominamos realidad.

Sólo un borde es habitable; el otro, por decreto metafísico, está asimilado a la condena, a la invisibilidad. En la margen posible se acumulan casonas inglesas, de un azul pálido y descascarado, templos de monos, hogueras y barcazas; por el suelo se extienden las interminables bandas de tela que antes se han golpeado contra las rocas: franjas bermellón paralelas, naranja quemado, negro y oro, que dibujan, vistas desde lo alto, como un emblema de buen augurio antes de la inmersión ritual.

La ribera opuesta también comunica con algo invisible, con un *ailleurs*, pero infernal. Por esto está siempre desierta. Al menor signo anunciador de la muerte, los reverentes la abandonan; perecer allí —por la noche sólo quedan animales enfermos, dementes o intocables— significa un atraso fatal en la inexorable progresión kármica, ante la cual toda transformación física debe representar una promoción.

El borde fasto atrae tanto como el otro rechaza: de toda la India llegan cada día millares de peregrinos, mortificados y anémicos, sedientos de esa agua que, a pesar de su persistente opacidad, es la única que lava, la única que limpia y libera. Por la noche flotan minúsculas llamas, lamparillas de aceite que entre flores marchitas y rupias decoran las ofrendas prescritas, depositadas en inestables círculos de mimbre.

Algunos viven bajo los parasoles de la



# BENARES

Benarés no es una ciudad, sino un borde: uno de los bordes del Ganges. La leyenda dice que Varanasi —el verdadero nombre de esta ciudad hindú— fue la primera ciudad del mundo. El escritor cubano Severo Sarduy —que se define a sí mismo como "periodista radiofónico, a lo sumo, cronista"—, autor de *Cobra* y *De dónde son los cantantes,* describe en este texto un viaje que trasciende a los folletos de turismo.

*Por Severo Sarduy*

Los prospectos turísticos siempre tienen razón. La prueba de esta frase, leída en un folleto rojizo, de tipografía brumosa: "Dejarás a Benarés, pero Benarés no te dejará. Algo en ti, adentro, habrá cambiado para siempre". Es difícil decir algo más justo, ni responder mejor a la pregunta que se plantea a cada regreso a la India: ¿Por qué ir a meditar a Benarés si se puede meditar en cualquier lugar? Y, por otra parte, ¿no hay en cualquier lugar más silencio, menos simios agresivos y maniáticos, menos leprosos agarrándote por la camisa con sus largos dedos que devoran las llagas rosadas?

No hay, en definitiva, más que una diferencia entre Benarés y ese otro paisaje utópico. En las márgenes del Ganges, *lo que piensa es el espacio mismo*. Los hombres y las cosas emiten signos, como si los atravesara un sentido, como si los sacudiera una fuerza que pertenece a la divinidad o a lo demoníaco y cuya proximidad está marcada por algo que es como una incandescencia, como la quema de lo indecible. Hombres no, personajes: van desnudos, con la piel cifrada por escrituras sánscritas, o envueltos en vastos saris de oro; van, después de la muerte, cubiertos de flores blancas, atravesando el estrepitoso encuentro urbano de vacas y camiones, hacia la hoguera, en una camilla que los allegados suspenden como pueden y que roza la ventanilla de los autobuses y los inunda de su perfume letal.

La leyenda dice que Varanasi —el verdadero nombre de Benarés— fue la primera ciudad del mundo, edificada con el tiempo y con el hombre. Para los hinduistas, si se muere del buen lado del Ganges, se puede beneficiar de una reducción considerable y hasta, según parece, de una exoneración, de esa fiscalidad inevitable que es la reencarnación; la otra vertiente del río, que todo el mundo evita al primer malestar, es regresiva y nefasta.

Los budistas sostienen que, antes de ir a predicar por primera vez, junto a las gacelas del vecino parque de Sarnath, el Buda Sakiamuni, ya de regreso de todo lo excesivo —ni la austeridad empecinada ni el goce sin receso—, atravesó en silencio la ciudad. El paso del Islam quedó marcado por unos escombros; luego, los adeptos iconoclastas se retiraron con discreción.

En cuanto al cristianismo, está tan presente hoy en día, que en esos iconos de la imaginería popular, que han dado renombre mundial a los impresores de Bombay, se contempla, junto a Ganecha, el dios elegante devorador de caramelos y juguetón, a un Cristo maquillado con esmero, rodeado por una aureola iridiscente, y hasta, sin el menor resentimiento teológico, en el centro de la estampa, a la pareja ideal del panteón indio: Shiva y Parvati, recubiertos por la nacarada pátina del kitsch.

Poco importa en nombre de qué dios, pero hay que bañarse en el Ganges. A las seis de la mañana, esa convicción que otorga el fanatismo permite encontrar transparente y fresca un agua que en realidad blanquean aún las cenizas de las incineraciones de la víspera.

Además: alquilo una de las canoas contrahechas y ahuecadas que recorren el río, junto a los *ghats*. Subo con mi amigo y, en medio de la corriente, tiro al agua el manuscrito, cuidadosamente mecanografiado, de una de mis novelas. El barquero, atónito, en un inglés británico, voz de soprano, me pregunta si es un libro sagrado.

Previsible resultado: las aguas milenarias no aceptan mi "ofrenda". El manuscrito encartonado flota, deriva, no se hunde, y, lo que es peor, se va alejando poco a poco hacia la mala orilla. Los tres, filósofo, barquero y autor rechazado, perseguimos al texto malhadado sobre las aguas y le entramos a remazos encarnizados. Hasta que se lo lleva la corriente. Hacia el delta, hacia dios.

Tres inmersiones: por Brahma, por Shiva, por Vishnú. Detrás de los fieles y de los peldaños de piedra que llegan hasta el río, se despliega el ocre: tierra porosa, muros, madera, mimbre de los parasoles cubiertos con letras rojas: en las fachadas de los viejos palacios coloniales en ruina se repite, como una irrisión o un reverso de tanta mística, el didáctico emblema del Partido. El cielo es también ocre, de humo y de ceniza. Vuelo inmóvil de los cuervos.

Benarés no es una ciudad, sino un borde: uno de los bordes del Ganges. También, el borde de la Tierra, ya que esas aguas, se afirma, comunican directamente con el cielo: el río es como el doble, o el reflejo, de otro río invisible, que fluye en otro espacio, en un tiempo sin tiempo, y cuya fuente coincide con la de toda posible creación, incluida esa creación de lo ilusorio que denominamos realidad.

Sólo un borde es habitable; el otro, por decreto metafísico, está asimilado a la condena, a la invisibilidad. En la margen posible se acumulan casonas inglesas, de un azul pálido y descascarado, templos de monos, hogueras y barcazas; por el suelo se extienden las interminables bandas de tela que antes se han golpeado contra las rocas: franjas bermellón paralelas, naranja quemado, negro y oro, que dibujan, vistas desde lo alto, como un emblema de buen augurio antes de la inmersión ritual.

La ribera opuesta también comunica con algo invisible, con un *ailleurs,* pero infernal. Por esto está siempre desierta. Al menor signo anunciador de la muerte, los reverentes la abandonan; perecer allí —por la noche sólo quedan animales enfermos, dementes o intocables— significa un atraso fatal en la inexorable progresión kármica, ante la cual toda transformación física debe representar una promoción.

El borde fasto atrae tanto como el otro rechaza: de toda la India llegan cada día millares de peregrinos, mortificados y anémicos, sedientos de esa agua que, a pesar de su persistente opacidad, es la única que lava, la única que limpia y libera. Por la noche flotan minúsculas llamas, lamparillas de aceite que entre flores marchitas y rupias decoran las ofrendas prescritas, depositadas en inestables círculos de mimbre.

Algunos viven bajo los parasoles de la orilla, sin más posesión que un manuscrito sánscrito, unos pinceles y un tazón de cobre. Un joven *saddhú,* ayudado por el espejito de una motera, emprende un verdadero trabajo de copista: desde el alba, transcribe, milímetro por milímetro, en su piel, previamente cubierta de ceniza, como si fuera una página, las letras que va copiando de una tableta de madera de palma agujereada y polvosa, ilegible, como si la última interpretación posible tuviera que pasar por la tortura de una reproducción dérmica, o como si todo cuerpo humano no tuviera acceso al sentido más que transformado en texto móvil, en la marca de un desciframiento y una inscripción.

Un poco más arriba en los peldaños, hacia la ciudad, desde hace nueve días sin interrupción, cantan, con un micrófono y un altoparlante, bajo un baldaquino en harapos, los robustos adeptos de Durga.

La diosa, de celuloide rosado, rasgos dibujados con violencia y un punto rojo en medio de la frente, agita sus múltiples brazos, cejijunta y sonriente, mientras que con el pie derecho, danzante y grácil, aplasta a un demonio enano y mofletudo, de ojos sapientos, que acepta la condena hilarante, sin dejar de soplar en su caramillo ritual.

Dos círculos de bombillitos parpadeantes, de todos los colores, eureolan a la víctima y a la displicente divinidad.

Calor del monzón. Olor de especias. Montículos piramidales, apretados con la mano, de polvo bermellón, cinabrio, violeta, amarillo mostaza, verde y blanco. En el aire denso repercuten por unos instantes y luego se apagan en el rumor de la muchedumbre los cimbalillos de uno de los dos mil templos con que cuenta Benarés, los tamborines, el estampido de un *gong*. Alguien llora. Los yoguis truculentos rivalizan sobre sus lechos de púas. Pasa envuelto en un brocado de plata, como una momia en sus bandeletas húmedas, un cadáver. Un mono con el rostro blanco, máscara del Khathakali, y el culo hinchado y rojo, vuela, furioso, entre dos torres de oro. Alguien maquilla a un niño: un enorme sombrero cónico, innumerables collares de flores amarillas, para la confirmación de la casa. El devora un helado fluorescente y helicoidal.

Las tiendas son hondas y oscuras, huelen a canela. Se apilan pequeñas estatuas de madera, pulseras relumbronas, "rainbow silks", un *sitar* y hasta algunos mandalas de reciente factura. Detrás está el Viswanatha, donde sólo se admite a los hindúes. La torre está enchapada de oro. En el centro de la gran sala —se puede ver, retribuyendo la cortesía, desde una terraza vecina— se erige, ninguna palabra más adecuada, espléndido de fuerza, arrogante, fanfarrón casi, un *lingam* gigante, falo simbólico de Shiva de donde mana toda la energía, toda posible acción.

La muchedumbre lo idolatra con tal énfasis que para el occidental apresurado el templo no es más que un antro de mal disimulada perversión. Lo abandona para seguir una carretera polvorienta, repleta de bicicletas y de vacas, la ruta que un príncipe *desilusionado* de la familia de los Sakia siguió, quinientos años antes de nuestra era, para llegar a Sarnath. Un árbol de la Bo, es decir, un higuero gigante, recuerda allí al árbol de Gaya, bajo el cual el Buda, cuando aún no era más que Gautama, recibió la iluminación. En una piedra ha quedado grabada una parte de ese primer sermón. Algunas palabras de apariencia muy simple, cuyo contenido pudiera resumirse en algunos aforismos fáciles, como por ejemplo seguir en todo la "vía media" sin excesos ni defectos. El mensaje, aún vigente, es más oportuno hoy que cuando fue proferido ante cinco monjes atentos y algunas gacelas. Lo será hasta que llegue Maitreya.

Si Benarés no nos abandona jamás por la violencia de su color, por su proliferación incontrolable de dioses y de cosas, Sarnath, al contrario —como es lógico en el budismo—, capta al visitante por su silencio, por ese vacío sin bordes que sólo vienen a limitar dos *estupas,* o túmulos funerarios en ruina, y los molinos de plegaria de algunos monjes tibetanos en exilio. El viento de la tarde sacude las hojas del árbol de Bo, que los fieles recogen según caen.

Las dos ciudades que siempre se visitan juntas y a la carrera, a diez kilómetros una de la otra, son como las dos imágenes posibles de un mismo pensamiento: el que, enmascarado por la palabra, concibe a la realidad como una pura simulación; el que, desde el principio y de modo irresistible, ha comprendido que el vacío lo atraviesa todo y que el todo perceptible no es más que su metáfora o su emanación.

## S.O.L
SOSTENIDO
MAR DEL PLATA

**El Resucitado,** con Lorenzo Quinteros como protagonista. A las 22 en el Teatro ReFaSi, Luro 2332.

**Yepeto,** de Roberto Cossa, con Ulises Dumont y Darío Grandinetti. En el Teatro Colón (Hipólito Yrigoyen 1665). Viernes, sábados y domingos dos funciones: a las 21.30 y a las 23. De martes a jueves única función a las 22.

**Morochos de Ñuyor,** tangos y otras verduras en el Boulevard Marítimo 2400, Sala La Nona del Hotel Provincial. De martes a jueves a las 22.

**La Banda Elástica,** música de la buena y humor, en el teatro De las Estrellas, Colón y Costanera, de miércoles a domingo a las 22 y a las 24.

**Midachi,** humor directo y con éxito. En el teatro Alberdi, Alberdi 2473, dos funciones de martes a domingos: a las 21.45 y a las 23.30.

**Mamá,** con Luisina Brando a la cabeza de una comedia eficaz. En el Teatro Neptuno, Santa Fe 1751, de martes a domingos dos funciones: a las 21.30 y a las 23.30.

**Perciavalle indestructible,** la fórmula del actor cómico se repite en Mar del Plata, en el Teatro Lido (Santa Fe 1751, de martes a domingo dos funciones: a las 21.15 y a las 23.15).

**Música** en la peatonal San Martín esquina Mitre, con los grupos locales, a partir de las 21. El sábado actuarán Sandra Iriarte y el grupo Alza tu Voz, Pepe Campos, Luis Caro y Marité Caparros. El viernes Los Superatones y el duo Corradini.

**Zupay,** en el Auditorium, el sábado a las 22.

**Falso Testigo,** un film de intrigas que nacen con un crimen observado desde una ventana indiscreta por una testigo ídem, en el cine América (Luro y Corrientes).

**¿Quién engañó a Roger Rabbit?,** producida por Steven Spielberg y con Bob Hoskins como el detective que debe ayudar a un conejo en apuros. Todo el encanto de los dibujos animados que conviven con actores en un Hollywood humanizado. En el cine Gran Mar (Salta 1545).

**Spinetta,** Luis Alberto y su Téster de violencia llegan a Radio City el lunes a las 23. (San Luis 1742).

**Teléfono medido,** de Beto Gianola, con Carlos Carella, Fabián Gianola y Victoria Carreras. En el ReFaSí II (Luro 2332) a las 22 y a las 23.30.

**Marián Farías Gómez,** estará el próximo martes y miércoles, a las 23, en el Auditorium, dentro del ciclo Raíces Latinoamericanas organizado por la gobernación bonaerense.

**Soda Stereo** llega a Mar del Plata con un recital que ofrecerá en el Superdomo el próximo martes y miércoles 17 y 18. Prometen agotar las entradas.



# ARES

Benarés no es una ciudad, sino un borde: uno de los bordes del Ganges. La leyenda dice que Varanasi —el verdadero nombre de esta ciudad hindú— fue la primera ciudad del mundo. El escritor cubano Severo Sarduy —que se define a sí mismo como "periodista radiofónico, a lo sumo, cronista"—, autor de *Cobra* y *De dónde son los cantantes,* describe en este texto un viaje que trasciende a los folletos de turismo.

VIÑUELA 88.

orilla, sin más posesión que un manuscrito sánscrito, unos pinceles y un tazón de cobre. Un joven *saddhú,* ayudado por el espejito de una motera, emprende un verdadero trabajo de copista: desde el alba, transcribe, milímetro por milímetro, en su piel, previamente cubierta de ceniza, como si fuera una página, las letras que va copiando de una tableta de madera de palma agujereada y polvosa, ilegible, como si la última interpretación posible tuviera que pasar por la tortura de una reproducción dérmica, o como si todo cuerpo humano no tuviera acceso al sentido más que transformado en texto móvil, en la marca de un desciframiento y una inscripción.

Un poco más arriba en los peldaños, hacia la ciudad, desde hace nueve días sin interrupción, cantan, con un micrófono y un altoparlante, bajo un baldaquino en harapos, los robustos adeptos de Durga.

La diosa, de celuloide rosado, rasgos dibujados con violencia y un punto rojo en medio de la frente, agita sus múltiples brazos, cejijunta y sonriente, mientras que con el pie derecho, danzante y grácil, aplasta a un demonio enano y mofletudo, de ojos sapientos, que acepta la condena hilarante, sin dejar de soplar en su caramillo ritual.

Dos círculos de bombillitos parpadeantes, de todos los colores, eureolan a la víctima y a la displicente divinidad.

Calor del monzón. Olor de especias. Montículos piramidales, apretados con la mano, de polvo bermellón, cinabrio, violeta, amarillo mostaza, verde y blanco. En el aire denso repercuten por unos instantes y luego se apagan en el rumor de la muchedumbre los cimbalillos de uno de los dos mil templos con que cuenta Benarés, los tamborines, el estampido de un *gong.* Alguien llora. Los yoguis truculentos rivalizan sobre sus lechos de púas. Pasa envuelto en un brocado de plata, como una momia en sus bandeletas húmedas, un cadáver. Un mono con el rostro blanco, máscara del Khathakali, y el culo hinchado y rojo, vuela, furioso, entre dos torres de oro. Alguien maquilla a un niño: un enorme sombrero cónico, innumerables collares de flores amarillas, para la confirmación de la casa. El devora un helado fluorescente y helicoidal.

Las tiendas son hondas y oscuras, huelen a canela. Se apilan pequeñas estatuas de madera, pulseras relumbronas, "rainbow silks", un *sitar* y hasta algunos mandalas de reciente factura. Detrás está el Viswanatha, donde sólo se admite a los hindúes. La torre está enchapada de oro. En el centro de la gran sala —se puede ver, retribuyendo la cortesía, desde una terraza vecina— se erige, ninguna palabra más adecuada, espléndido de fuerza, arrogante, fanfarrón casi, un *lingam* gigante, falo simbólico de Shiva de donde mana toda la energía, toda posible acción.

La muchedumbre lo idolatra con tal énfasis que para el occidental apresurado el templo no es más que un antro de mal disimulada perversión. Lo abandona para seguir una carretera polvorienta, repleta de bicicletas y de vacas, la ruta que un príncipe *desilusionado* de la familia de los Sakia siguió, quinientos años antes de nuestra era, para llegar a Sarnath. Un árbol de la Bo, es decir, un higuero gigante, recuerda allí al árbol de Gaya, bajo el cual el Buda, cuando aún no era más que Gautama, recibió la iluminación. En una piedra ha quedado grabada una parte de ese primer sermón. Algunas palabras de apariencia muy simple, cuyo contenido pudiera resumirse en algunos aforismos fáciles, como por ejemplo seguir en todo la "vía media" sin excesos ni defectos. El mensaje, aún vigente, es más oportuno hoy que cuando fue proferido ante cinco monjes atentos y algunas gacelas. Lo será hasta que llegue Maitreya.

Si Benarés no nos abandona jamás por la violencia de su color, por su proliferación incontrolable de dioses y de cosas, Sarnath, al contrario —como es lógico en el budismo—, capta al visitante por su silencio, por ese vacío sin bordes que sólo vienen a limitar dos *estupas,* o túmulos funerarios en ruina, y los molinos de plegaria de algunos monjes tibetanos en exilio. El viento de la tarde sacude las hojas del árbol de Bo, que los fieles recogen según caen.

Las dos ciudades que siempre se visitan juntas y a la carrera, a diez kilómetros una de la otra, son como las dos imágenes posibles de un mismo pensamiento: el que, enmascarado por la palabra, concibe a la realidad como una pura simulación; el que, desde el principio y de modo irresistible, ha comprendido que el vacío lo atraviesa todo y que el todo perceptible no es más que su metáfora o su emanación.

## S.O.L
### SOSTENIDO
MAR DEL PLATA

**El Resucitado,** con Lorenzo Quinteros como protagonista. A las 22 en el Teatro ReFaSi, Luro 2332.
**Yepeto,** de Roberto Cossa, con Ulises Dumont y Darío Grandinetti. En el Teatro Colón (Hipólito Yrigoyen 1665). Viernes, sábados y domingos dos funciones: a las 21.30 y a las 23. De martes a jueves única función a las 22.
**Morochos de Ñuyor,** tangos y otras verduras en el Boulevard Marítimo 2400, Sala La Nona del Hotel Provincial. De martes a jueves a las 22.
**La Banda Elástica,** música de la buena y humor, en el teatro De las Estrellas, Colón y Costanera, de miércoles a domingo a las 22 y a las 24.
**Midachi,** humor directo y con éxito. En el teatro Alberdi, Alberdi 2473, dos funciones de martes a domingos: a las 21.45 y a las 23.30.
**Mamá,** con Luisina Brando a la cabeza de una comedia eficaz. En el Teatro Neptuno, Santa Fe 1751, de martes a domingos dos funciones: a las 21.30 y a las 23.30.
**Perciavalle indestructible,** la fórmula del actor cómico se repite en Mar del Plata, en el Teatro Lido (Santa Fe 1751, de martes a domingo dos funciones: a las 21.15 y a las 23.15).
**Música** en la peatonal San Martín esquina Mitre, con los grupos locales, a partir de las 21. El sábado actuarán Sandra Iriarte y el grupo Alza tu Voz, Pepe Campos, Luis Caro y Marité Caparros. El viernes Los Superatones y el duo Corradini.
**Zupay,** en el Auditorium, el sábado a las 22.
**Falso Testigo,** un film de intrigas que nacen con un crimen observado desde una ventana indiscreta por una testigo ídem, en el cine América (Luro y Corrientes).
**¿Quién engañó a Roger Rabbit?,** producida por Steven Spielberg y con Bob Hoskins como el detective que debe ayudar a un conejo en apuros. Todo el encanto de los dibujos animados que conviven con actores en un Hollywood humanizado. En el cine Gran Mar (Salta 1545).
**Spinetta,** Luis Alberto y su Téster de violencia llegan a Radio City el lunes a las 23. (San Luis 1742).
**Teléfono medido,** de Beto Gianola, con Carlos Carella, Fabián Gianola y Victoria Carreras. En el ReFaSi II (Luro 2332) a las 22 y a las 23.30.
**Marián Farías Gómez,** estará el próximo martes y miércoles, a las 23, en el Auditorium, dentro del ciclo Raíces Latinoamericanas organizado por la gobernación bonaerense.
**Soda Stereo** llega a Mar del Plata con un recital que ofrecerá en el Superdomo el próximo martes y miércoles 17 y 18. Prometen agotar las entradas.



MARIO LEVRERO

# LA BANDA DEL CIEMPIES

## 8. Angus McCoy en acción

Las ropas de la niña habían sido destrozadas mediante unos pocos hábiles zarpazos que, sin embargo, habían sido dados por el animal con tan inusual habilidad que las afiladas uñas no habían llegado siquiera a rozar las tiernas carnes; el oso, que para dar sus eficaces zarpazos había adoptado una posición de descanso en cuatro patas, apoyándose en tres de ellas mientras realizaba su labor con la otra, volvió a incorporarse sobre sus patas traseras y comenzó una trabajosa y simpática danza nupcial, al tiempo que su poderoso sexo iba irguiéndose hasta alcanzar el máximo de rigidez y tamaño. A la vista de tan imponente aparato genital, la niña empalideció violentamente y cayó desmayada al piso sin proferir el menor sonido.

Como si hubiera presentido el colapso de la jovencita, allá afuera y no lejos de allí Angus McCoy, en el portal que le servía de apoyo y refugio, tomó la decisión de no esperar un instante más a su jefe; en el pecho del joven crecía la angustia hasta dejarlo casi sin respiración. Por una vez en su extensa carrera junto a Carmody Trailler decidió no obedecer; se dirigió presurosamente al cafetín, desechó el teléfono público, nuevamente ocupado, y exigió del dueño del local que le permitiera usar su teléfono privado, con el pretexto de que su mujer estaba a punto de dar a luz. El patrón lo miró con indiferencia y le alcanzó el aparato que ocultaba tras el mostrador. Angus discó un número y pronto escuchó la voz de John Adams.

—¿John? Aquí Angus —dijo—. Lucy está a punto de dar a luz —esperó unos segundos, mientras el perplejo John Adams se daba tiempo para caer en la cuenta de que aquella era una de las claves ideadas por Carmody Trailler, que indicaba necesidad de acción inmediata—. Ven por favor con todo el equipo médico listo para actuar —agregó—.

—¿Todo el equipo? —se extrañó, nuevamente, John, y luego silbó admirado.

—En efecto —dijo Angus—; parece un parto difícil —y agregó las señas de aquella esquina.

Pero, en realidad, la pequeña vendedora de violetas no corría un riesgo inminente, a pesar de las apariencias. El oso era completamente inofensivo; había sido amaestrado y adecuado para formar parte del espectáculo de una conocida bailarina y *strip-teaser* que actuaba en varios locales nocturnos, y el papel del oso era exactamente el que había realizado ante la indefensa niña: arrancar las ropas de la bailarina con sus zarpas, sin dañarla en lo más mínimo, y danzar luego su llamativo baile nupcial. El entrenamiento se había realizado mediante técnicas de castigo y recompensa; los pasos de danza se inculcaban mediante chapas metálicas recalentadas y controladas electrónicamente, de modo que se le obligaba a memorizar el circuito de los pasos correctos; y en adelante, toda vez que repitiera en el momento preciso esos pasos, se le recompensaba con un terrón de azúcar embebido en sustancias de sabor agradable y ligeramente euforizantes. La erección de su miembro se había estimulado por medios similares, aunque habían aplicado cirugía en ciertas glándulas y tejidos nerviosos de modo que el animal no se sintiera dispuesto al acoplamiento; para mayor seguridad se le había estimulado el goce anal y se le había dado por compañero de jaula a otro oso, sumamente viril y no amaestrado, con quien finalmente había formado pareja. El oso feroz estaba sujeto, dentro de la jaula, por una gruesa cadena, mientras que el oso bailarín era a menudo dejado en libertad y podía ir y venir a su antojo por los distintos lugares de la compleja red de edificios conectados entre sí, que era uno de los refugios de una parte de la Banda del Ciempiés. En esos momentos, el oso bailarín había perdido el interés por la niña, después de haber dado unas lamidas compasivas a su cuerpo inerte, y había vuelto a su investigación de la bolsa maloliente, olfateándola y revolviéndola con sus zarpas.

*(Próximo episodio: "El enmascarado misterioso")*



JUEGOS

# ENIGMA LOGICO

## Correcciones

**Cinco juegos de lógica fueron analizados por uno de nuestros correctores. Deduzca en qué orden fueron revisados, cuál es el título de cada uno, qué tema tocaba y cuál fue la corrección indicada.**

1. "Tamboriles" tocaba el tema de aventuras, y fue corregido justo antes que el que presentaba problemas de estilo.
2. El último en revisarse necesitó una modificación de tipografía.
3. En "Sin aliento" hubo que corregir fechas.
4. El de tema cinematográfico fue corregido en tercer término.
5. Para el de tema policial (que fue corregido antes que "Directores") no se indicó modificar el estilo.
6. Al que trataba sobre temas de música hubo que cambiarle varias pistas. Este juego se corrigió justo después que "Presupuestos", pero antes que "Los premios".

**(Para resolver el enigma use el diagrama haciendo una marca para los aciertos y otra para las imposibilidades.)**

| | | TITULO | | | | | TEMA | | | | | MODIFICAR | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | Directores | Los Premios | Presupuestos | Sin Aliento | Tamboriles | Aventuras | Cine | Literatura | Música | Policial | Estilo | Fechas | Nombres | Pistas | Tipografía |
| ORDEN | 1º | | | | | | | | | | | | | | | |
| | 2º | | | | | | | | | | | | | | | |
| | 3º | | | | | | | | | | | | | | | |
| | 4º | | | | | | | | | | | | | | | |
| | 5º | | | | | | | | | | | | | | | |
| MODIFICAR | Estilo | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Fechas | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Nombres | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Pistas | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Tipografía | | | | | | | | | | | | | | | |
| TEMA | Aventuras | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Cine | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Literatura | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Música | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Policial | | | | | | | | | | | | | | | |

| ORDEN | TITULO | TEMA | MODIFICAR |
|---|---|---|---|
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |

# SOPA PERRUNA

**Encontrar las palabras en la sopa, dispuestas horizontal, vertical o diagonalmente, en uno u otro sentido. En este caso busque las siguientes palabras:**

AFGANO
BULL- DOG
CABERU
CHIHUAHUA
COLLIE
DALMATA
DANES
DOBERMAN
GALGO
LEBREL
MASTIN
SABUESO
SETTER
SIBERIANO
TERRANOVA

| | | | | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| B | T | I | N | O | S | C | A | U | R | I | M | O | G |
| N | E | I | C | A | B | D | O | B | E | R | M | A | N |
| G | R | I | F | O | N | E | N | L | S | Z | L | N | O |
| O | R | G | A | D | E | A | A | P | L | G | R | I | H |
| D | A | O | V | E | T | D | I | I | O | I | L | T | C |
| U | N | D | O | A | P | T | R | E | T | T | E | S | I |
| N | O | L | M | E | Z | L | E | B | R | E | L | A | B |
| S | V | L | L | G | R | O | B | E | L | G | R | M | A |
| E | A | U | H | A | U | H | I | H | C | N | S | B | A |
| D | D | B | C | H | R | I | S | A | B | U | E | S | O |
| O | C | H | I | U | E | A | M | I | N | U | N | C | I |
| O | S | A | B | U | B | E | L | R | E | F | A | R | A |
| N | E | R | O | D | A | F | G | A | N | O | D | E | M |
| A | Y | O | V | E | C | S | A | B | U | E | S | B | B |

## SOLUCIONES

### ENIGMA LOGICO

**Lunes: Uritorco, raspones, galleta.**
**Martes: La Banderita, tábanos, jamón.**
**Miércoles: Pan de Azúcar, cardos, fruta.**
**Jueves: Cuadrado (el más bajo), chaparrón, huevo duro.**
**Viernes: Los Gigantes (el más alto), víboras, queso.**

### SOPA CIRCENSE

| | | | | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| F | S | O | R | R | E | P | D | S | D | I | C | N | O |
| U | R | Q | U | E | S | T | A | A | O | S | A | A | P |
| N | U | R | C | D | I | T | Q | U | M | N | M | R | R |
| A | D | Z | A | E | S | E | T | N | A | F | E | L | E |
| M | A | X | R | I | B | A | S | J | D | I | R | E | S |
| B | S | M | P | U | Y | E | A | B | O | O | I | Q | E |
| U | A | L | A | I | N | P | L | O | R | S | N | U | N |
| L | L | A | N | O | D | I | U | I | A | S | O | I | T |
| I | L | S | E | C | U | L | A | S | F | O | S | N | A |
| S | I | L | L | A | S | U | J | P | E | S | R | C | D |
| T | U | L | I | J | A | R | F | I | L | A | E | A | O |
| A | Q | A | T | S | E | U | Q | R | O | Y | P | D | R |
| S | A | T | S | I | R | A | B | A | L | A | M | I | A |
| A | T | R | A | P | E | C | I | O | S | P | D | I | L |